

Talquinos del centenario

Jorge Valderrama Gutiérrez (*)

Entre 1900 y 1920 un grupo de intelectuales nacionales desatados enajenistas vertió en hojas de papel sus críticas comunes sobre un Chile entonces pacato el que auguraba un destino opaco. Entre quienes se caracterizaron por denunciar la corrupción existente, así como los problemas sociales generales, resultan intelectuales de la talla del talquino Francisco Antonio Encina y otros dos que estuvieron vinculados a la ciudad de Talca: Tancredo Pinochet Le Brun y Alejandro Venegas.

Estos otorgaron relevancia a análisis sobre lo que consideraban «cada uno con perspectivas distintas» las rotajadas axiológica de la aristocracia imperante en nuestra clase social. Así que cuestionadores profundos de emergentes estructuras político-sociales han existido siempre en el mundo, lo valioso de estos ilustrados connacionales fue su denuncia de crisis su espacio proveniente de un abanico de colores carente de sectarismo adocinantes. Así, desde los orígenes de la República los pensadores chilenos manifestaron una actitud crítica que fue niveles durante el gobierno de Manuel Montt; Revolución de 1851 -y que tuvo a Talca como uno de los epicentros de tales sucesos. Dicha «grandeza espiritual» también explotaría durante la Presidencia de José Manuel Balmaceda, cuando el país se vio arrastrado a otra desagradable y dolorosa separación que en Talca se expresó con ilustres exiliados, como el genial Francisco Cáceres Castro.

Asimismo, esta actitud visceral o emotiva en algunos hizo confluir a estos numerosos autores, tales como Emilio Rodríguez Mendoza, Enrique Mac Iver, Alberto Edwards, Nicolás Palacios, Gonzalo Vial, Luis Emilio Recabarren, Agustín Ross, Guillermo Subercaseaux, todos con legítimas oscilaciones semiáureas.

TESTIGOS DE UNA ÉPOCA

Hermano del reputado profesor del católico Edel Pinochet (frecuentemente citado en el Liceo de la endogamia y clasicista Talca), el excentrónico Tancredo Pinochet Le Brun llegó a la ciudad del Bicentenario, junto a su hermano José, a cursar cuatro y quince años de humanidades. Escritor sarcástico y perturbado, ensayista, fue director de las revistas «Aire» y «Tecdeamerica», escribiendo «Motín en la biblioteca» y «La autobiografía de un tonto». Aprobó estudios universitarios de Derecho y se equipara con Encina al abogar por una sociedad más justa, «en menos o ningún prejuicio» y enatizar el origen del problema en nuestra cultura étnica y la falta de educación, empeño más cercano a Venegas por su condición de «figura poco seria».

Conservador en su postura, tachado de anticuado y recalcitrante más de alguien, Francisco Encina era un aristocrático convencido de que los problemas yacen en el núcleo de la similitud a cultura chilena, por lo cual da importancia a la educación para revertir esto. Visualizó la regencia de Manuel Montt como un parádigma de modelo del «alma» nacional, individualista y orgulloso, con una autoritarización más que suficiente. El «Haus» Encina entre 1892 y 1904 ya había



Francisco Antonio Encina y otros dos que estuvieron vinculados a la ciudad de Talca: Tancredo Pinochet Le Brun y Alejandro Venegas fueron los adalides de una renovación intelectual contestataria que dejó huella en la sociedad regional y nacional de principios del siglo XX.



leído a los clásicos de la sociología y a los teóricos de la historia: alemanes, ingleses, franceses e italianos. Su mente profunda escudriñó las obras maestras de la historiografía universal y era encendido opositor a lo que denominaba «la sofificación gris de la historia», consistente en simular objetivismo. Para él, la imparcialidad sólo sería factible si razionáramos sin la mediación del cerebro.

«El que ve claro y brilla no teme a la luz del mediodía, el que solo vislumbra entre sombras espesas los contornos indiferentes de los hombres, de las cosas y de los sucesos, lo mismo que el rostro que oculta, insensiblemente refugia en la penumbra del atardecer».

El vicerrector del Liceo de Talca durante casi una década y profesor de camelao, Alejandro Venegas, era tanto poseedor de una gran fuerza de voluntad y resiliencia física poco comunes, como un solitario y, al decir de muchos, un desequilibrado emocional, percepciones que lo rotulaban como «poco confiable». Probablemente surgió de complejos, ya que era tímido y retraído. En sus extensos viajes por nuestro país y el extranjero nos lo imaginamos solitario y disfrutando de gira-mogoll. Durante una parte importante de su vida fue perseguido por el oligárquico gobernante, lo que puede hacer pensar que su amistad de almaceñero en Maipú -que desempeñó hasta su muerte- fue quizá su periodo más feliz o al menos sosegado. Como Emilio

Recabarren, ve en Chile la agudización de una crisis social y de desarrollo que lo acerca hacia un antinacionalismo.

VENEGAS Y YO

Su amigo de siempre, Enrique Molina Gamboa, nos narra: «Aunque ideológicamente nos sentíamos sin duda en afinidad con los padres, Venegas y yo establebimos acuerdo en realizar nuestra labor fuera de todo política militante, fuera de logias y banderas; queríamos hacer obra de espíritus libres que, sin proclamarlo alguno, pertenecían como únicos al cultivo armónico de la personalidad... Por lo que a nuestro país se refería, Venegas quién contribuyó de inmediato al análisis de nuestra situación que le inquietaba, y a la búsqueda de los remedios más acertados para nuestros males. Tal fué el origen de sus libros Carta a don Pedro Montt y Sinceridad».

Además, Molina resalta que «Molino cuando se lo propone. Como ejercicio de carácter dejaba de fumar en una fecha fija que se propusiera y mantenía su abstención del cigarrillo por el tiempo que quería». El escritor talquino Armando Demóso anexa: «Con el año de mi novienta dice y el país se preparaba para celebrar con todo porte y dignidad el primer Centenario de la Independencia. Mientras se celebraban los actos triunfales y se redactaban, en el recinto de las bibliotecas, los grandes discursos conmemorativos; en los momentos que

toda la nación iba a vestir sus atuendos de gala y sus mejores joyas para recibir a los hermanos de América, en el día del primer centenario de su vida independiente, un modesto profesor, ignorante en un tranquilo liceo provincial, preparaba, tras largas vigías, la obra que iba a constituir el más impermeable obsequio, en la hora misma de la fiesta». La obra aludida es «Sinceridad - Chile fírmame en 1910».

Orientados a la gran ola de autocomplicencia que inundaba el país, estos cultores «autoflagelantes» no se arrodillaron servilmente ante su empuje -«no muchos de ellos llegaron a conocerse jamás entre sí, sin intereses comunes de ninguna índole»- y sus espíritus libres acorazaron dolor por los desafíos de la patria y en aras de un mejor horizonte les unió el afán de denuncia y anhelo en buscar soluciones, aunque sus «teorías» para abordarlas son duras -cuando las hay- o contradictorias.

Cuando se acerca el segundo centenario de nuestra Independencia el juicio saliente del pasado reciente exige de sus actores y espectadores un gesto de genuina visión global, similar al escenario de hace cien años atrás, cuando concurgieron agraciados, ricos, pobres, creyentes, progresistas y conservadores, todos unidos por su singular talento, en pro de un bienestar aún lucido.

(*) Profesor e investigador

Talquinos del centenario [artículo] Jorge Valderrama Gutiérrez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valderrama Gutiérrez, Jorge

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Talquinos del centenario [artículo] Jorge Valderrama Gutiérrez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)